

CONTESTACIÓN
DE
DON LUIS BELTÁN GUERRERO

Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras,
Señores.

El doctor Ramón J. Velásquez llega a este Instituto en la exacta plenitud de los cincuenta y cuatro años, cénit comprometedor en quien ha conocido la historia como política del pasado al través de numerosas aventuras por cronicones e infolios, y luego, completado su vivencia del ser venezolano, a la vez universal y contingente, en la política actual, crisálida de futura historia.

Ciencia humana, la historia no es otra cosa que conocimiento del hombre, y si a esta sabiduría encamina una vocación, temprana, auxilia la diligencia y la experiencia fortalece desde la ergástula al dosel después de haber asimilado el *nosce te ipsum*, ya tenemos cabal instrumento, no para disecar el pretérito, sí para prestarle nueva vitalidad: será entonces espejo, bitácora, manantial de saber desinteresado.

Creo no se equivocó la Academia al encomendarme la bienvenida al Doctor Velásquez en el seno de la Corporación, porque, a falta de otras virtudes, me unen a él, desde la universidad, viejos lazos de afecto y camaradería que suplen, o por lo menos excusan, personales carencias.

De los Velásquez Arvelo de Barinas, progenie de axiomáticos blasones en letras, foros y política —Don Rafael, Don José Antonio, Alfredo, Enriqueta, Alberto—, aventados por el soplo de la guerra federal hasta Colombia, viene el inmediato antecesor y homónimo, Don Ramón Velásquez, humanista genuino cuya charla decoró mis mocedades, sólo superado en su afán de instruir y educar por su esposa Doña Regina Mujica, periodista, pionera de la escuela maternal, del bachillerato femenino y de la enseñanza de artes y oficios para señoritas, maestra

de maestras, porque no hubo caserío en el Táchira que no contase con discípula suya en función de magisterio.

De tales padres este hijo ilustre, quien, atento al consejo de Don Andrés a Lastarria: "primero documentarse", para llenar el vacío documental que justamente critica, fundó y dirigió colecciones regionales y nacionales; la *Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses*, el más importante esfuerzo de divulgación de las letras provincianas en nuestro país; la Colección *Pensamiento Político del Siglo XIX*, compilación sistemática la más completa sobre nuestras ideas políticas, de la cual surgieron con nueva luz, Tomás Lander y Pedro José Rojas; *Venezuela Peregrina*, que rescató para la juventud el pensamiento revolucionario y el decir impar de César Zumeta; *Nuestro Siglo XIX*, que completó el conocimiento de Luis López Méndez; el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, fuente capital de la historia de este siglo, y otras ediciones que, aquí y allá, ha iniciado, estimulado y protegido.

Continuador de los Santos, Costas y Rangeles en el rectorado intelectual del Táchira, conferenciante en distintos y distantes rincones patrios, líder a la sordina, sin ágora multitudinaria, con persuasiva eficacia en la variada y discreta gama de sus tonos confidenciales, el Doctor Velásquez viene a ocupar el sillón letra T, signado por el sacerdocio literario de su venerable fundador Don Felipe Tejera, orlado por Díaz Rodríguez con las gracias singulares de su estilo, por Don Luis Alberto Sucre con hábitos de erudita investigación; finalmente enaltecido por Caracciolo Parra Pérez, cuyo vasto empeño le coloca en el triunvirato de nuestros grandes historiadores, al lado de Baralt y Gil Fortoul.

Habéis oído la pieza que consagra a ese nombre y a esa obra, ensayo que muestra las capacidades de su autor: evocación y síntesis; dinamismo del lenguaje que si huye la manera estatuaría y heroica, no por ello desdeña galas; curiosidad epicúrea por olvidadas facecias; un punto de amable ironía; dilección por el pasado inmediato; perspicua exégesis; en fin, las muchas dotes que podrían fácilmente ofrecernos volúmenes de historia sistemática, cual la celebra el recipiendario, censor de la historia fragmentaria que nos ha ofrecido la mayoría de los historiadores venezolanos.

Séame permitido decir que amo más a Platón que a Aristóteles, por lo cual gusto más del ensayo que del tratado. Sin negar la necesidad del sistema, a veces odioso por exceso de materiales, y más, por el sometimiento de la realidad a tesis preconcebidas, la historia en cierto sentido es siempre fragmentaria, porque su verdad es dinámica y no estática, sujeta a constante revisión, no sólo por el descubrimiento de nuevos datos que alumbran con otra faz los sucesos, sino también por la movilidad del punto de vista del que recrea o juzga desde el hoy al ayer, por norma la imparcialidad aunque sea imposible evitar subjetivos deslices, la mirada escrutadora tanto de los encadenamientos causales como del complejo universal, presto el ánimo a cortes verticales en el tiempo y diagonales en el espacio, pues cualquier nuevo hecho altera la situación y apariencia del momento histórico. Cada flor que se agrega, dice Huizinga, determina otro aspecto del ramillete.

Virtud principalísima de Parra Pérez fue la de incluir la historia venezolana en la universal, y si algún tipo de historia sistemática contamos, es la de Parra Pérez en cualquiera de sus monumentos, a los que apenas si falta zócalo, sí fuese dable comparar el olvido del aparato crítico con la ausencia del friso en las arquitecturas.

En cualquier arte o ciencia, y la historia es ciencia por la investigación y arte por la narración, la escala de valores no depende de la cantidad sino de la calidad, no de la dimensión sino de la esencia, del orden íntimo, de la relativa perfección de los resultados dentro del campo escogido. Puede la miniatura emular, y aún superar, al mural.

La vida pública del Doctor Velásquez, sus preocupaciones por el bien general y el estudio de los problemas científicos y técnicos concernientes; los altibajos de la profesión política que alternativamente deparan "bastón y grillete", hasta incitarle a pensar alguna vez, con el personaje de la Revolución Francesa, que su mayor hazaña era haber sobrevivido; estos y aquellos avalares de triunfos e infortunios, no le han permitido todavía —que larga oportunidad tiene por delante— darnos la historia sistemática, sí la documentación sistemática, que tanto admira.

Quienes somos por temperamento y decisión fragmentarios, sin nostalgia alguna catedralicia no empece la parvedad de nuestros frutos, acaso por

complicidad tácita admiramos sobremanera los hermosos fragmentos de historia venezolana que en ensayos o reportajes dignificadores del género, nos ha regalado el doctor Velásquez, editor de multitud de libros de los demás, pero sin encuadernar ninguno suyo, habiéndolo hasta impreso en cierta ocasión, todo ello por elegante modestia o dubitativa negligencia de lo propio, suponemos que no por imitar a Cecilio Acosta o Jesús Semprúm, quienes si no publicaron libros fue seguramente por falta de editor.

Felizmente hay prólogos que valen por libros y libros que no valen un prólogo; de ahí que los prólogos del Doctor Velásquez a las obras del General Antonio Paredes, Domingo B. Castillo o Pedro M. Arcaya; sus monografías *La Juventud de un Caudillo: Cipriano Castro*; *Las Elecciones Venezolanas de 1888, 1893 y 1898* y *Crisis y Fin del Liberalismo Amarillo* (El Archivo de Bello Rodríguez); sus retratos del General López Contreras, Alfonso López, Arévalo Cedeño, Telmo Romero, José Rafael Pocaterra o Leonardo Ruíz Pineda; su visión de San Cristóbal como lugar de comprensión para la tregua; las menudas historias de una carta, una prisión y una revolución en el Zulia antes del petróleo; el caso del prisionero imaginario Manuel María Montañez; la glosa sobre las curiosas memorias de Nerio Duin Anzola, campesino escapado de una antología de la literatura fantástica; el ensayo "sobre dos puntos: una bisectriz histórica"; son títulos valiosos —columnas, capiteles, arquivadas— que legítimamente le han abierto las puertas de esta Institución con unánime regocijo de sus miembros. Si aspira al templo, sólo le falta el sosiego que aquí sin duda encontrará, en la compañía de quienes han envejecido o envejecen cultivando los fastos y soñando una Patria grande y justa, en una sola simbiosis de amor.

Maestro de la historia contemporánea, ha seducido en especial al Doctor Velásquez la Venezuela Peregrina, ésa que, desde Bello y Miranda, Ros de Olano y García de Quevedo, hasta Bolívar Coronado, Pío Gil, Jacinto López, Nogales Méndez, Blanco Fombona y Andrés Eloy, vive su tragedia de ausencia sin renegar nunca de sus lares, suerte de dolorosa vivisección del alma.

Otra vivisección, la social, por medio de los partidos políticos, le ha interesado igualmente, puesto que, probado demócrata como preso y estadista, sabe que sin

libres cauces diferentes del pensar, la democracia es inexistente. De la contraposición de nuestras corrientes políticas, desde aquellos tembleques y campesinos de Maracaibo, filántropos y antropófagos de Ciudad Bolívar, güifaros, churruscos y calungos del Táchira, langostas y lagartijos de Trujillo, chuíos y chuaos de Lara, chorreados y chupapiedras de Anzoátegui, rojos, azules y amarillos, godos y liberales de Venezuela toda, multiplicados hoy colores y divisas, no deduce ciertamente una ley pesimista (la historia es ciencia tipológica, que establece fenómenos; no nemotécnica, que fija leyes) sino, al contrario, espíritu de centro y conciliación, ve en las banderías, clases, castas, estamentos, idearios, garantía de libertad y empresa de equilibrio de opiniones, instintos e intereses, madeja viviente del acontecer, y tarea condigna de una ambición sana y tolerante que ojalá encuentre su natural culminación.

Periodista, forma la más común del historiógrafo en nuestra época, el Doctor Velásquez ha sido reportero de *Ultimas Noticias* (1945); redactor de *Élite* y de *Signo*; fundador de *El Mundo*, bajo el mismo lema de *El Venezolano* de Antonio Leocadio; y director del diario *El Nacional*. Los altos destinos públicos que ha desempeñado en diferentes etapas —Secretario General de la Presidencia bajo el Gobierno Betancourt, Ministro de Comunicaciones del Presidente Caldera— han reafirmado su militante voluntad de unión y concordia, cada vez más confiado y optimista en las posibilidades de nuestro pueblo; cada día más seguro de que si tenemos detrás un pasado glorioso, de frente habremos más esplendente porvenir, si no descansamos en la diaria batalla por forjarlo.

Como caballero en función de gobierno, más le ha interesado el fomento de la riqueza pública que la discusión doctrinaria, mucho menos las intrigas ínsitas en el terreno político, que él conoce a fondo por lección y padecimiento. Ha preferido sustituir el mal maquiavelismo por franqueza y bondad —"bueno en el buen sentido de la palabra bueno"—; y si Satán osa presentarse a su gabinete, retrocederá ante la fragancia de las florecillas franciscanas cuidadas a ciencia y paciencia, lejos de toda primaria ingenuidad.

Sea bienvenido a esta Casa el ciudadano eminente, historiador, político, periodista. Por la fuerza comunicativa de su condición humana, por la ejemplaridad

de su conducta, por la pasión venezolanista, por su lealtad a los principios, por su consecuencia en la amistad, el Doctor Ramón J. Velásquez, dondequiera que estuvo, ha sumado y no restado. De ahí sus incontables amigos; de ahí que entre y salga de las altas posiciones, sin odios ni malquerencias. Aprendió de su padre una sabía máxima: *hacer lo que se debe y dejar decir lo que se quiera*. Alejado temporalmente de la lucha y figuración pública, el Doctor Ramón J. Velásquez está desde hoy con nosotros, en remanso de fructíferas inquietudes.

Que bajo el rumor de los plátanos de Academus, coseche muchos laureles.